

LA PASION SEGUN SAN IGNACIO

Peter Hans Kolvenbach S.J.

INTRODUCCION

Con esta aportación mía al Curso Ignaciano organizado por el infatigable Centro de Espiritualidad Ignaciana, quisiera llamar la atención sobre ciertos rasgos típicos de la Tercera Semana de los Ejercicios Espirituales.

Ignacio ha construido con gran fuerza y solidez el edificio de la Primera Semana en torno a la genealogía del pecado y la de la gracia. La Segunda Semana contiene lo esencial de la espiritualidad ignaciana. Al llegar a la Tercera existe el peligro de abandonar la orientación que quiere Ignacio y, tomando simplemente el evangelio de la Pasión del Señor como punto de partida, darse a la contemplación del misterio pascual prescindiendo de la Pasión según San Ignacio, tal como la encontramos propuesta en la Tercera Semana. Este peligro es tanto mayor cuanto que, en el dinamismo espiritual de los Ejercicios, la Tercera Semana parece no más que la confirmación de la elección, la comprobación de la autenticidad de la decisión tomada en el curso de la Segunda Semana.

Por otra parte, existe una razón aparentemente válida para basar la oración en la Pasión según los evangelistas y no según San Ignacio. Como hombre de su tiempo, Ignacio nos hace meditar los textos evangélicos, pero sin tener en cuenta la teología específica de cada evangelista; se concentra en los hechos tal y como los vivió el Señor camino de la cruz. Ciertamente, el Señor no nos ha salvado por la hermenéutica sino por el hecho pascual. No obstante, ¿no resulta más práctico dejar a un lado la presentación medieval de Ignacio y meditar el misterio pascual en la perspectiva kerigmática de Marcos, en el ambiente eclesial de Mateo, con el amor personal del discípulo al maestro que caracteriza a Lucas, y con la visión teológica de la gloria que vemos en Juan?

Hay aún otra vía abierta para falsear la oración de la Tercera Semana. Efectivamente, se presta muy bien a considerar problemas estrechamente ligados con la Pasión del Señor: el significado del sufrimiento, el misterio de la cruz, la existencia del mal, el escándalo y locura del amor de un Dios que sufre, y la Pasión de Cristo como primer acto liberador. Problemas que están indudablemente en el corazón de nuestra existencia cristiana y humana de siempre y a los que sería difícil negar su estrecha conexión con los acontecimientos de la Tercera Semana. Pero ¿encajan de hecho en su dinámica y evolución espiritual? De todas formas, tales preocupaciones se encuentran muy lejos de la perspectiva de la Tercera Semana según la define el P. Gil González Dávila en su Directorio de 1587. En ella "se nos propone aquel corazón del Señor en medio de la tempestad de su sanctissima pasión" y se nos incita "para hazer compañía a Christo crucificado, y que podamos dezir: amor meus crucifixus est".

Usando el patrón del texto ignaciano vamos a

tratar de extraer algunos rasgos particulares y construir lo mejor posible "la Pasión de Nuestro Señor según San Ignacio".

El enfoque "intemporal" de Ignacio

¿Cómo proceder en esta relectura del texto de los Ejercicios?

Un texto es siempre el resultado de una serie de opciones que hace el autor ante un determinado número de posibilidades. Para averiguar el alcance y sentido de un texto es por lo mismo indispensable conocer dichas posibilidades, tanto las que el autor ha adoptado como las que ha rechazado, porque unas y otras están en el origen del texto que tratamos de conocer. Para mejor conocer el ángulo de contemplación típicamente ignaciano del misterio pascual, el análisis del texto tiene que preguntarse sobre la presencia o ausencia de las posibilidades existentes al presentar la Pasión.

Ignacio tenía a su disposición los relatos evangélicos, y entre las posibilidades que éstos ofrecen, el autor de los Ejercicios Espirituales toma opciones que no dejan de ser significativas. Su Tercera Semana es justamente el resultado de estas opciones y constituye por eso mismo una verdadera "Pasión según San Ignacio".

Entrando ya en lo vivo del tema, el lector advierte en seguida que Ignacio no retiene ninguna de las indicaciones de tiempo que jalonan los relatos evangélicos. No menciona el "atardecer" de la cena (Mt 23:54), ni la "noche" de la traición (Mc 14:30), ni el "día" del sábado (Lc 23:54), como tampoco el "mediodía" ni la "media tarde" (Lc 23:44). Hay una sola y por lo mismo llamativa excepción: "Estuvo Jesús toda la noche atado" (EE 292). Pero lo que aquí se quiere subrayar es la duración del sufrimiento

de Jesús más que el tiempo u hora del día. Esta no es pertinente sino en cuanto contribuye a la Pasión de Cristo. Como es su costumbre, Ignacio organiza la oración del ejercitante según días y horas, pero la Pasión del Señor se mueve fuera de la cronología, en el eterno presente de Dios, en el "hoy" divino.

"Vía" o itinerario de la Tercera Semana

No obstante, este aspecto intemporal no da a la Pasión ningún carácter estático o inmóvil. La oración no se desplaza ya de la contemplación de un misterio de la vida de Cristo a otro, como en la Segunda Semana. Ignacio insiste explícitamente en que el ejercitante debe recorrer "los misterios" como un itinerario: "desde la cena hasta el huerto" (EE 290), "desde el huerto hasta la casa de Anás" (EE 291), "desde la casa de Pilato hasta la cruz" (EE 296). Del misterio de la cena hasta "los misterios hechos desde la cruz hasta el sepulcro" (EE 298), los enlaces que se indican marcan un camino a recorrer un camino con uno u otro misterio, y con todo el conjunto de misterios al final (EE 209), pero un camino que será siempre la Pasión, el camino pascual del Señor.

Como ya se observó en la Segunda Semana (EE 116), este camino pascual no comienza con la cena; comenzó con su nacimiento: "desde el punto que nació hasta el misterio en que al presente me hallo" (EE 206). Si pues la falta de indicadores temporales nos sitúa en el eterno presente del misterio pascual, los indicadores de relación nos ponen en una ruta -el camino de la cruz, que comienza ya con el nacimiento del que es el Camino, cada una de cuyas etapas es un misterio para quien desea "más conocer el Verbo eterno encarnado" (EE 130), hasta el momento en que estas etapas se suceden con tal intensidad que

ceden como misterios ante el conjunto de "tanto dolor y tanto padecer de Cristo nuestro Señor" (EE 206). Este camino de "trabajos, fatigas y dolores" no es otro en el fondo que la persona misma del Señor que los ha padecido (EE 206).

El cambio "kenótico" de nombre

Que este camino opera una profunda transformación en la persona de Cristo, Ignacio parece sugerirlo hasta en el nombre con que comienza a referirse al Señor. El título que generalmente emplea a lo largo de la Segunda Semana es el de "Cristo nuestro Señor", a veces bajo la forma abreviada de "Cristo" o "Señor". En el umbral de la Tercera Semana, es aún "Cristo nuestro Señor" el que celebra la última cena (EE191). Ignacio hace considerar a Pedro "la majestad del Señor y su propia bajeza" (EE 289). Aún es "Cristo nuestro Señor" en el misterio del huerto (EE 201; cf. "el Señor" -EE 290, 291- y "Cristo" -EE 201) y la conversión de Pedro después de la negación (EE 292). Pero a partir de este momento "la divinidad se esconde" y el empleo de títulos indica una tendencia a reflejar este fenómeno y ocultar la majestad de Cristo tras su "sacratísima humanidad" a la que "deja padecer tan crudelísimamente" (EE 196). Ahora se le llama "Jesús Galileo" (EE 294), "Jesús Nazareno" (EE 296). Sólo cuando llegamos al misterio de la resurrección recobra el título de "Cristo nuestro Señor" (EE 299).

Este cambio kenótico en el empleo de títulos (que, por cierto, no hay que considerar como hecho absoluto sino como tendencia) lo confirma una tendencia similar que se puede advertir en la Segunda Semana respecto al uso de Jesús, reservado a veces bajo formas abreviadas -"el Niño Jesús", "el Niño", "Jesús"- a la kénosis de la infancia del Verbo de Dios. Una vez en cruz, no tiene nombre: "habló

siete palabras...; rogó por los que le crucificaban; perdonó al ladrón". Pero este es un simple dato lingüístico y no significa que el Señor quede totalmente desdibujado. Lo mismo ocurre también en otras semanas (cf. "apareció a la Virgen", (EE 299).

De la "actividad creadora" de la Segunda Semana a la "sufrida pasividad" de la Tercera

Más importante es el desplazamiento, en la figura de Cristo, de la actividad creadora, que llena hasta rebosar la Segunda Semana, a la sufrida pasividad que caracteriza la Tercera. Los diez y seis misterios que sugiere Ignacio para las contemplaciones de la Segunda Semana manifiestan la gloria de Dios: cinco misterios para revelar al Hijo de Dios, cinco para poner de relieve su acción divina en los milagros, dos hablan de su poder sobre el pecado, dos se refieren a su doctrina, y dos lo presentan llamando a los apóstoles a seguirle. Es la imagen del Pantocrator la que se ilumina, sin apenas "sufrimientos" en su senda; no se menciona la Pasión y sólo en el último misterio de la última semana atisba cierta oposición a Jesús: "porque no había quien le rescibiese en Jerusalén" (EE 288).

La Tercera Semana marca un camio brusco de perspectiva a partir del misterio del huerto: una febril actividad rodea a Jesús en el camino de la cruz. Pero en el texto ignaciano, y ello hasta el momento de la resurrección, este "mansueto Señor" (EE 291) es invariablemente el sujeto gramatical de un verbo pasivo -"es llevado a Anás"- o bien, más frecuentemente, el complemento directo de un verbo activo: "lo sacó fuera" (EE 295). Es decir, son los demás los que trazan activamente el inexorable camino que conduce a la cruz. "El Señor se deja besar de Judas" (EE 291), igual que la divinidad "deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente" (EE

196). Hay, con todo, una excepción en el texto de los "misterios": "llevaba la cruz a cuestas" (EE 296). Pero esta actividad dura poco tiempo: "no pudiéndola llevar..."

La selección que hace Ignacio de los misterios de la Segunda Semana y su misma presentación estilística de los de la Tercera Semana muestran como Camino la gloria del Pantocrator y los sufrimientos del Siervo Paciente. El "quinto punto" del primer día de la Tercera Semana (EE 196) expresa en palabras lo que Ignacio ha querido efectuar con su selección de los misterios de la vida de Cristo: que la divinidad se revela al dejar padecer a la humanidad tan crudelísimamente. El Pantocrator es el mismo Siervo Paciente.

Que la omnipotencia divina se revele en la impotencia humana, Ignacio lo acentúa aún más por el material evangélico que selecciona. El Cristo de los evangelios es más activo durante la Pasión que el Cristo de la Tercera Semana de Ignacio. Ciertamente que el Señor es arrastrado al matadero (Is 53:7), pero no cesa de protestar con su palabra y su silencio contra la injusticia de que es objeto. En los misterios de la Tercera Semana Jesús está completamente callado en casa de Caifás (EE 292) y hasta que pronuncia las "siete palabras" en la cruz (EE 297). El último grito de queja de Mt 27:46 -"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"- lo consigna Ignacio en esta versión atenuada: "dijo que estaba abandonado" (EE 297). Toda la iniciativa, tanto de hechos como de palabras, corresponde a los "enemigos", que la divinidad podría muy bien "destruir...y no lo hace" (EE 196). El ángulo de visión de la contemplación ignaciana de la Pasión es claramente lo que Jesús se abstiene de hacer (EE 196) y responder (EE 299). Es una no-respuesta al interrogatorio (EE 299), pero también una no-reacción a provocaciones

que Ignacio agrupa en las bofetadas que recibe: en casa de Anás (EE291), en la de Caifás (EE 292), de Pilato (EE 295).

En los evangelios, Cristo protesta revelándose como Hijo de Dios y Rey; en la Tercera Semana de Ignacio, no reacciona. No obstante, si la omnipotencia de Dios se esconde en la impotencia de Jesús, solamente "parecía esconderse en la Pasión" (EE 223), porque se manifiesta en el don y perdón divinos del manuscrito Señor (EE 291) en la cruz, que es donde Jesús está en "su casa", donde su gloria estalla perdonando y entregándose al Padre (EE 297).

Esta insistencia de la Tercera Semana sobre la impotencia divina apenas si difiere de la de los misterios de la infancia en la Segunda Semana. La kénosis del Señor la constituyen la impotencia humana asumidas en los misterios de la infancia y la impotencia humana libremente aceptada en los de la Pasión. De ahí la referencia a la cruz en el misterio del Nacimiento: "el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz..." (EE 116). Este texto contiene ya la impotencia en que camina desde su nacimiento el que es Omnipotente.

Impotencia: pasividad de un "deseo positivo"

Pero aun cuando insiste en el misterio de la impotencia, Ignacio no la considera como pura negatividad. Los tres puntos típicos del primer día de la Tercera Semana, que contiene toda la teología ignaciana de la Pasión, reflejan un sentido positivo. En el cuarto punto (EE 195), Cristo no sólo "padesce en la humanidad" sino que además "quiere padescer". En el quinto (EE 196), es la divinidad la que tiene

toda la iniciativa cuando "deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente". En el sexto, Ignacio nos da la única respuesta esbozada por el Nuevo Testamento a la luz de Isaías 53 a nuestro por qué del sufrimiento, de todo sufrimiento: "ha muerto por nosotros, por mí, por mis pecados". Ignacio propone el relato evangélico de la Pasión como un camino pascual de misterios que en el fondo dicen que el camino del "magis" es el del "minus" ("ser estimado por vano y loco por Cristo"), porque es en la impotencia de la kénosis como se nos revela la Gloria del Omnipotente. El por qué de este misterio pascual y el sentido de la cruz son como el libro de los siete sellos del Apocalipsis, sólo el Cordero inmolado nos lo puede abrir: "cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados" (EE 53).

Finalmente, no se me pone frente a una historia o una teología, sino frente a la persona de Cristo en el camino pascual aquí y ahora, por lo cual me toca "discurrir" (EE 53), inspirado por Cristo "delante y puesto en cruz", y profundizar en el misterio pascual en un diálogo de corazón a corazón. Si en aquella primera meditación de la Primera Semana me preguntaba "lo que debo yo hacer por Cristo", en esta Tercera añado "qué debo yo hacer y padecer por él" (EE 197). El encuentro con Cristo no sería auténtico sin "dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado..." (EE 103); sería falso y distorsionado si no considerase "los trabajos, fatigas y dolores de Cristo nuestro Señor, que pasó..." (EE 206) como consecuencia de un deseo suyo (EE 195), "por mis pecados" (EE 197), como un acto creador de la divinidad que es amor (EE 196, y "el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina, EE 234).

El amor lo explica todo

Es quizá Orígenes quien expresa lo que Ignacio no quiere decir para que podamos descubrirlo por nosotros mismos en el encuentro y coloquio con Cristo en el camino pascual.

En su sexta homilía sobre Ezequiel 5:6, Orígenes escribe: "Si ha bajado a la tierra, es por compasión con el género humano (EE 107: "Hagamos redención del género humano"). Sí, ha padecido nuestros sufrimientos antes incluso de haber sufrido la cruz, antes de haber tomado nuestra carne. Porque si no hubiera sufrido, no habría bajado a compartir con nosotros la vida humana. Primero sufrió, y luego bajó. (Cf.: "viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar al género humano"). Pero ¿qué pasión es ésta que ha padecido por nosotros? Es la pasión del amor" (Cf EE 338: "que el amor desciende de arriba"). Así, pues, si Dios sufre, es por un exceso de amor desde el principio, por ser fiel a su amor por nosotros, aun cuando dicho amor signifique los dolores de su único Hijo. Esta referencia al amor que viene de arriba y existe desde el principio logra nuestra adhesión y se convierte en confesión de fe. Con Nicolás Cabasilas el Oriente cristiano se complace en evocar este "loco amor de Dios por el hombre, que no destruye simplemente el mal y la muerte, sino que los asume", pero no considera esta confesión de fe como la solución filosófica del problema del sufrimiento.

Por esta misma razón Ignacio no insiste en el sufrimiento sino en el Cristo que sufre (EE 195). Jesús no cesó de combatir el sufrimiento, que siempre consideró como un mal (Mt 26:23,24) y que él experimentó con tanta angustia que en el huerto sudó sangre

hasta empapar sus vestiduras (cf. EE 290). No es tanto el sufrimiento mismo lo que nos acerca a Cristo, sino Cristo nuestro Señor quien con su sufrimiento y el escándalo de su muerte hace suyos nuestros sufrimientos. Si Ignacio se siente obligado a invitarnos a hacer esfuerzos por "doler, tristar y llorar" (EE 195, cf. 206), no es que piense en un esfuerzo crispado y voluntarista para sentir dolor, ni que pretenda añadir una nueva producción de dolor y tristeza a la Pasión de Cristo. Ignacio pone como ejemplo la Madre del Niño, "la cual tenía compasión de la sangre que de su Hijo salía" en el momento de la circuncisión (EE 266). Para que esta compasión sea auténtica, se requiere un gran esfuerzo, como dice Ignacio, porque la Pasión del Señor -sufrir como él ha sufrido- no es connatural al hombre. Si el sufrimiento, en su radical absurdidad, lleva ya al hombre a la evasión o a una resignación fatalista, asumirlo como Cristo ha asumido el sufrimiento continúa siendo locura y escándalo.

Fiel al evangelio de la Pasión, Ignacio jamás sacraliza el mal, pero sí propone una compasión que santifica todo sufrimiento. La diferencia se basa en el amor, único que justifica el deseo de Cristo de sufrir (EE 195), el hecho pascual de dejar a la sacratísima humanidad padecer tan crudelísimamente (EE 196) y el sufrimiento por mis pecados (EE 197). La palabra amor, que es la única respuesta a todas las preguntas e interpelaciones de la Tercera Semana, sólo figura en el misterio de la Cena, cuando el Señor "instituyó el sacratísimo sacrificio de la eucaristía en grandísima señal de su amor" (EE289), pero sólo el amor justifica y suscita nuestra compasión (EE 197: "qué debo yo hacer y padecer por él").

"Compasión" significa amor

La palabra "compasión" puede ser peligrosa y

ambigua en un contexto donde falte el "amor" y significar sencillamente sentimentalismo, una especie de piedad consolante por la que uno se consuela a sí mismo en medio de tanta desgracia y tantas miserias. Ignacio no hace intento alguno para hacernos estéticamente aceptable esta compasión por medio de una bella frase, como por ejemplo la del metropolitano Filaretos de Moscú (siglo XIX) cuando dijo: "Dios triunfa del sufrimiento pasando a través del sufrimiento", o la de Paul Claudel, que escribió: "Dios no ha venido para explicarnos el sufrimiento sino para llenarlo con su presencia". La Tercera Semana despliega un rico vocabulario de palabras que designan el sufrimiento. No se niega ningún aspecto del mismo. Y no obstante es siempre secundario por razón de su relación con Aquel que sufre, Cristo (EE 203 y 206: "tanta pena que Cristo pasó por mí"), y por su relación con la locura de amor que se manifiesta, según Ignacio, en la cruel impotencia del Omnipotente. No puede haber compasión sin sufrimiento, pero sufrimiento libremente asumido por un amor que no pre-tende simplemente copiar la pasión de Cristo sino parecérselo efectivamente deseando ser pobre y tenido por loco por Su Gloria (EE 167).

Esta compasión requiere, según la expresión del P. Fessard, una "eterna Tercera Semana", porque en el fondo y hasta en el sufrimiento el hombre busca realizarse a sí mismo. La Última Cena, en la que Ignacio insiste como fundamento de la Tercera Semana, significa una verdadera trans-substanciación del yo en la que el viejo Adán muere para surgir en el nuevo Adán a imagen y semejanza de la majestad del Señor a los pies del hombre en su "bajeza" existencial para hacerlo resucitar como "Cordero pascual" (EE 289). El vocabulario ignaciano, muy cargado de afectividad -dolor, sentimiento y confusión (EE 193); doler, tristar y llorar (EE 195); quebranto,

lágrimas, pena interna (EE 203)- al insistir en el dolor con Cristo doloroso (EE 203) es un llamamiento a que entremos en el misterio pascual, misterio fundado en la kénosis del Verbo de Dios, cuyos dolores sensibles no son sino manifestaciones crueles para que colmemos por nuestra kénosis personal lo que falta todavía a la Pasión de Cristo (Col 1:24).

Conclusión

El misterio pascual es la esencia del evangelio, de la Buena Nueva. Lo que lo precede no es sino introducción y preparación. ¿No habría que decir otro tanto de la Tercera Semana de los Ejercicios? Sin la Primera Semana, confesar que el Señor sufre por mis pecados no tiene profundidad personal. Sin la Segunda, al deseo de ser escogido para sufrir con Cristo que sufre, le falta la garra de lo concreto de un proyecto personal. Sólo en la Tercera Semana, fundada en la eucaristía de la Pascua, el pecado que me hace personalmente solidario con los enemigos que "la divinidad podría destruir y no destruye" suscita un verdadero encuentro de amor con Cristo, que realiza su Pascua con nosotros. Sólo en la Tercera Semana todo cuanto se ha deseado e imaginado como proyecto concreto de vida se hace realidad pascual por cuanto su Divina Majestad "nos pone con" su Hijo crucificado.

De esta forma la Tercera Semana, como también el misterio pascual que ella celebra, lejos de ser una forma de sentimentalización de nuestra adhesión a Cristo, lejos de ser simple confirmación de un deseo, real pero todavía imaginario, de servir a Cristo, constituye una personalización del Señor crucificado y resucitado, del Cordero degollado y en pie, una vez que he confesado ser pecador, una vez que he decidido seguir su llamada a servirle según las Tres Maneras de Humildad. En el lenguaje

bíblico, el corazón habla al corazón. La tristeza no gira ya en torno a mis propios pecados; el gozo creador no se expresa en proyectos -mis proyectos- generosos. Es Pascua, es Exodo, es salir de sí mismo para entristecerse y alegrarse con y para el Todo-Otro, vilipendiado, abofeteado, humillado, crucificado; es esa única experiencia de poder que es la Pascua, su Pascua.

Consiguientemente, la oración de la Tercera Semana no puede menos de ser des-interesada para recibir del Dios de Jesucristo, con humildad y gratitud, mi cruz -para llevar su cruz; para recibir mi Pascua, una carga de humilde amor entre Dios y el hombre: para hacerme un loco de Dios por la gloria pascual de Dios. La Pasión según San Ignacio expresa el poderoso amor del Señor, que pudo salvar a otros pero no pudo salvarse a sí mismo (Mc 15:31), estimulándonos a recibir, en acción de gracia pascual, la humildad y humillación del Señor, pues sólo el pobre de corazón puede enriquecer a los hombres con la vida de Dios.

(De la revista **CENTRUM IGNATIANUM SPIRITUALITATIS (CIS)**, Roma (Italia), vol. XX, N^{os}. 63-64, 1990, págs. 61-71).